

“Una manera de hablar”

(El hablar espinosiano)

Pedro García Montalvo

*El aire libre*, La Veleta, Granada, 2002

De la misma manera que el creador auténtico de literatura hace creación siempre que escribe, y casi aunque no quiera, Miguel Espinosa hacía una peculiar creación del hablar siempre que hablaba. En primer lugar, no había niveles en su lenguaje. Si en una tienda, al pedir el precio de unos calcetines, conversaba con el dependiente, la naturaleza de esa pregunta estaba hecha en el mismo dominio que si hablara de Hegel, y viceversa. Ni la primera era una simple frase práctica, ni la otra una pura frase filosófica. Al dirigirse al vendedor de calcetines y a la persona culta se dirigía a la humanidad de los dos, y a la realidad en general. Las dos frases estaban habladas desde el interior de la existencia espinosiana, en un orden superior que las incluía a ambas. Salvando las distancias, ocurría en su vida como en la de los seres que son personajes en los libros donde tienen existencia. Cuando Elías habla en la Biblia, o don Quijote en su novela, los dos hablan siempre en la ultimidad –trascendente o humana- de su ser, y no tienen lenguajes diferentes aunque estén en situaciones diferentes. Cuando Elías pide un trozo de pan no lo sentimos distinto del Elías que dice: “Me consume mi amor por ti, Señor”. Tanto el lenguaje en el que don Quijote se refiere al requesón o las bardas, como aquel en que se refiere a los gigantes o a los altos ideales caballerescos, son uno mismo, porque ambos le dan su vida como personaje.

La persona de la calle, si habla del precio de unos zapatos se nota distinta de cuando le da por hablar del imperativo categórico kantiano. Y los demás apreciamos esa diferencia.

En Miguel Espinosa, en cambio, el lenguaje coloquial y el lenguaje elevado no tenían distinción: ambos eran, en el mismo sentido, inspirados.

Poco tiempo después de haberlo conocido, hablé con él una noche dando un paseo. La vida y la literatura no eran dos ámbitos diferentes, ni para él, ni para mí, pero él podía

hablar al mismo tiempo en los dos ámbitos, y yo no. Yo cambiaba, por poco que fuera, la naturaleza de mis palabras. Esa noche, veníamos del piso que tenían su hija Mavi y su yerno Pedro Martínez Cardona en la Avenida Río Segura. El piso estaba entonces desocupado, aunque con muebles –porque Mavi y su marido vivían en ese momento en Lorca-, y habíamos tenido allí una reunión con otras personas. Atravesamos la Pasarela sobre el río, en medio de una noche más bien fría. Y recuerdo que, a propósito de ciertos asuntos, hablábamos sin la menor prisa del poder de las finanzas y de cierta anécdota de Balzac y el dinero, temas un poco duros de roer con esa temible humedad nocturna. Miguel sonreía con la leve, plácida y característica sonrisa que tenía a menudo en sus conversaciones. Algún transeúnte que se nos cruzó pudo pensar: “¿De qué hablarán tan contentos estos dos locos con la noche que hace? ¿Por qué no se irán corriendo a su casa? ¡Es para darles de palos!”. En ese trayecto, poco a poco me fui dando cuenta, no sin sorpresa, de que hablar con Miguel de temas “serios” no implicaba –como habría ocurrido con otro interlocutor- una situación sesuda, intelectual, apartada de la vida, sino que era, en cuanto a su naturalidad, como sería conversar del traslado de un amigo o del precio de unas cebollas: los temas dejaban de ser solemnes y peliagudos, y pasaban a ser totalmente normales y cotidianos, no porque se hablara en un tono intrascendente –antes bien, él procuraba ir al fondo último del tema-, sino porque Espinosa hablaba en su tono único –aunque variadísimo en sus matices-, en el que todas las cosas del mundo, cualquiera que fuera su naturaleza, aparecían llana y sensatamente convocadas al mismo lugar, a la misma hora, y al mismo juicio.

El día que López Martí nos lo presentó en el café Mi Bar a Eloy Sánchez Rosillo y a mí –Eloy ha descrito también esta escena en unas páginas suyas-, en medio de un gentío que tomaba el aperitivo, y en un contexto de cáscaras de mariscos y olores de martini y de cerveza, su primera frase, como si estuviéramos en el silencio de un retirado monasterio, fue ésta: “He encontrado en Santo Tomás de Aquino un ejemplo perfecto de una frase irrefutable por su propia naturaleza”. Y nos dijo la frase, que ya no recuerdo, pero que nos sonó, igual que su introducción, como un escopetazo en ese ambiente de tapas, vermouths y copas de fino. Siguiéron otros temas similares. Y, enseguida, y ya para siempre, comprendimos que su verbo tenía un misterioso poder sobre el medio, y lo transformaba a su favor, o lo anulaba. Igual poder ejercía sobre el tiempo.

Esto tenía relación con su capacidad para entrar inmediatamente en materia. Un par de años después, cuando Mi Bar se había transformado en el café Novecento, y nos encontrábamos allí por las tardes con él, se dio el caso siguiente. El día anterior había estado hablando, en el piso de alguien, sobre los peligros de dejar entrar las falacias del idealismo en una novela, y el diálogo terminó, como siempre, muy avanzada la noche. Pues bien, pasó la mañana, y, a la tarde, los amigos fuimos al Café, a reunirnos en la mesa de siempre. Él llegó un poco después, y nada más llegar junto a la mesa, aún de pie, a medio quitarse su cazadora, en ese trasiego, sin terminar todavía de sentarse y acomodarse, nos dijo, retomando la conversación de la noche como si no hubiéramos llegado a separarnos:

-No puede uno dejarse llevar demasiado por el afecto a los personajes, porque puede caer en el idealismo. Vamos a poner un ejemplo –se sentó, y siguió tranquilamente con su razonamiento-. Si aquí en el suelo viéramos ahora mismo un niño enfermo, podríamos tener compasión y pena por él. Pero Dios, que lo ha creado, no puede tenerle lástima.

Quería decir que Dios, por haberlo creado, lo amaba hasta el extremo de respetar su ser completo y auténtico, y así debía obrar el novelista. Siguió con el tema, hablando por un solo lado de la boca, como hacía siempre que quería subrayar, teatral e irónicamente, algo que intentaba meter en la cabeza de unos oyentes rebeldes; y sólo después, por su sonrisa, caíamos en la cuenta de que hacía horas que habíamos interrumpido esa charla en la que él había vuelto a meterse en un segundo, como si se hubiera dejado un toro a medio matar.

Podía hacer eso porque hablaba siempre liberado de lo temporal, en un continuo, sin solución de continuidad.

Para Espinosa, la conversación, como el logos, existía desde el principio, y no iba a sufrir interrupción por las simples contingencias de cada día.

A veces surgía en él, con igual espontaneidad, la imprevista poesía de lo cotidiano, en una frase que, sin embargo, no transgredía lo coloquial. Una noche, después de una velada con otros buenos amigos en mi casa de la calle Magín, cuando mi mujer, Encarna, y yo salíamos hasta la puerta para la despedida, muy de madrugada, y ya

estábamos todos tan contentos como exhaustos, y sin fuerzas para nada, a él, en lugar de decir, como hacíamos los otros: “Vaya una hora que se ha hecho”, o “Qué buen rato hemos pasado”, a él, digo, se le ocurría lo inesperado, y, por ejemplo, al despedirse de Encarna, le decía: “Encarna, el cansancio te embellece”. Y esto sonaba totalmente normal y cotidiano, como si hubiera dicho: “Encarna, hasta mañana”, y así lo escuchábamos todos.

A menudo recurría a la ironía, y también a la parábola –al “filosofar con ejemplos”- para ahondar en un puro comentario filosófico o literario. Una noche que estaba en mi casa con José López Martí y su mujer Carmen Barberá, apareció un amigo que pertenecía al Partido Comunista, y se lo presentamos sin decirle nada de sus ideas políticas. Nunca sabremos si Miguel conocía o no ese detalle. El caso es que esos días el Partido Comunista celebraba su fiesta anual, y anunciaba con gran bombo el sorteo de un lujoso coche entre los asistentes al festejo. Miguel se refirió, sonriendo socarronamente, a la noticia, y luego dijo: “Esto que aquí hace el Partido Comunista, titulado de los Obreros, con este cochazo, es como si San Pablo, al llegar a Atenas, hubiera puesto en el ágora a una esclava desnuda, y hubiera dicho: “A todo aquel que se apunte al cristianismo, se le dará una tablilla con un número para la rifa de esta hermosísima esclava, provista de los más recientes lujos y prestaciones”. Todos nos reímos, incluido nuestro amigo -aunque éste se quedó algo pensativo-, porque su comentario estaba más allá de la pura crítica política -sin dejar de serlo- y mostraba, o, mejor, creaba, aspectos del mundo, de la vida, del ser. Por eso no había estratos en su hablar. Siendo lírico, irónico y crítico, no era ninguna de estas cosas. A otro, el exceso lírico lo habría hecho parecer cursi; el exceso de ironía, cínico; y el exceso de comentario, demasiado sabihondo o trascendente. Miguel podía usar de estos excesos, porque no lo hacía desde fuera, sino desde dentro, transformándolos en el interior de su hablar.

Por eso, Espinosa hablaba igual en privado que en el café o en la calle.

Igual que los amantes, o los amigos, crean su propio dialecto –con sus palabras y matices peculiares, más o menos secretos, que sólo ellos dominan-, Miguel había creado uno para hablar con la gente, pero uno para todos, es decir, uno para relacionarse con el mundo, un idioma que había venido a sustituir tanto la lengua común como la lengua

docta. Hablaba con el ser humano concreto, pero dirigiéndose al mismo tiempo al ser humano natural, universal, que ese individuo concreto –un abogado, un escritor, un limpiabotas- llevaba dentro. Al ser un lenguaje hecho para su interlocutor, y, al mismo tiempo, para cualquier persona, creaba un ámbito a la vez íntimo y universal. Te daba intimidad con él, y, a la vez, compañía de contertulios, de humanidad, invisibles.

Como decía su hijo Juan, en una frase de múltiples significados, “hacía justicia a todos”.

Quizás lo más prodigioso y emotivo era que podía hablar de sus más hondos afectos – de su madre Maravillas- en esa misma lengua que él había acuñado para hablar de todo lo demás. Incluido el dolor, la amargura o el júbilo.

Hablaba con la persona asumiendo que ésta era un mundo, y, a la vez, el mundo, y se dirigía a su realidad última como si tal cosa. Y al hablar de esta forma, con un lenguaje que era el mismo para todos, provocaba la “ilusión real” de que, así, sólo hablaba contigo.

Ya no oiremos ese hablar espinosiano de viva voz. Pero ese milagro sigue vivo en sus obras. A diferencia de lo que se dice de otros autores, él guardaba lo mejor de sí mismo tanto para su estar con la gente como para sus libros. Tenía abundancia de sobra para las dos tareas, y les dedicó su vida a manos llenas. Esta tarde, recién terminadas estas líneas, me he dado un paseo hasta la librería de Diego Marín para recoger un sobre que me ha dejado allí Pepe López Martí. Sé que dentro hay una copia de una carta inédita de Miguel Espinosa que se va a publicar en una revista. Voy por la calle, por tal plaza. La primavera está en ese momento enigmático y sensual en que se insinúa en todas partes sin dejarse ver todavía en ninguna. Mientras camino, saboreo de antemano el placer de leer esas páginas, y, por tanto, el placer de volver a hablar con Miguel Espinosa.